

Justamente, esto es lo que más Austria temía. Aunque le asustaba la guerra con Napoleón y hubiera querido no exponerse otra vez á las contingencias de la lucha, encontrábase resuelta á no dejar perder la oportunidad que las circunstancias le ofrecían para salir de su humillante situación; necesitaba una paz, negociada bajo su influencia, que le devolviese su antiguo prestigio, y si esto era imposible, no vacilaría en arrostrar los peligros de la guerra, aliándose con Prusia y Rusia. Todo menos consentir que estas dos potencias ajustasen paces con Francia sin intervención de parte suya y seguramente en su daño; pues, aparte de los perjuicios directos que pudieran resultarle de semejantes tratos, era obvio que, si no entraba en el concierto, Napoleón, molesto por su conducta, se resolvería contra ella, tan luego terminara la presente contienda. Dados tales antecedentes, se comprende muy bien que la política del gobierno de Viena debía adolecer por necesidad de cierta ambigüedad y doblez, que hace poner el grito en el cielo á la mayor parte de los historiadores franceses y á muchos de otros países, como si, en fin de cuentas, Napoleón hubiese tenido derecho á exigir de nadie, y menos de Austria vencida, expoliada, mutilada, escarnecida despiadadamente cuatro veces, una lealtad y una buena fe que él nunca había observado. Así es que al enterarse el emperador Francisco y Metternich del resultado de la batalla de Bautzen y de que se había firmado una suspensión de armas provisional por iniciativa de Alejandro y Federico Guillermo, se dirigieron á donde estaba el ejército bohemio para animar á los soberanos coaligados, aconsejándoles que continuaran la lucha á todo trance; y Nesselrode, recibido el tres de Junio en el palacio de Gitschin, escribió el día cinco al Czar diciéndole que sus conversaciones con el monarca austriaco, con Metternich y con Schwarzenberg le producían el convencimiento de que, si bien «los sucesos del veinte de Mayo y la retirada de los aliados habían influido quizás en las condiciones que Austria estaba decidida á mantener enfrente de Francia, sus propósitos de hacer causa común con Prusia y Rusia eran los mismos, si dichas condiciones no se aceptaban»; y hablando personalmente del emperador Francisco, agregaba: «He tenido que persuadirme de que este soberano sigue siendo siempre opuesto á la guerra: de que, no obstante decirle su razón que sólo la guerra le ha de conducir al fin que se propone, no se determinará á luchar hasta tanto que los hechos no le demuestren la imposibilidad de obtener por medio de negociaciones la paz, tal como él la considera necesaria para sí, y para las cortes aliadas.»

Convenida la suspensión de armas, con carácter transitorio, el negociador austriaco, Bubna, que iba y venía del cuartel general francés á Viena, presentó á Napoleón bases de arreglo más beneficiosas que las anteriores, de parte de Austria, la cual consentía en que las ciudades anseáticas no fueran evacuadas por los franceses hasta que se celebrara la paz con Inglaterra, y en aplazar también para el momento de la paz general el tratar la cuestión relativa á la Confederación del Rhin. El gabinete de Viena prometía, además,

renovar su alianza con Francia si ésta accedía á lo propuesto. Napoleón tenía, pues, en su mano la paz y una paz soberbia. No la quiso, sin embargo, y respondió evasivamente á Austria. Lo único que apetecía era el armisticio, que era en verdad lo menos conveniente para él. Se figuraba ser árbitro de la situación porque dominaba la línea del Elba, habiendo vuelto á entrar Davout en Hamburgo. El armisticio se firmó, al fin, en Pleswitz, el cuatro de Junio; debía durar hasta el veintiocho del mes siguiente, y la noticia de haberse ajustado fué saludada con gran alegría en todas partes, á excepción de Prusia, donde causó pena y disgusto. Francia la acogió muy bien. En nuestros vecinos, la desilusión era general; estaban hartos de glorias, cuyo precio era tan subido; el partido de la oposición ganaba constantemente nuevos prosélitos; en el mismo ejército cundía el desaliento, y los jóvenes reclutas teníanse por perdidos cuando al incorporarse á las filas, veían á los veteranos desesperarse. Napoleón ocultó lo mejor que pudo su resolución de continuar la guerra, no revelando su secreto sino á Maret, su ministro de Negocios Extranjeros, á quien encargó ir estirando las negociaciones, no ultimar nada, y recabar la prórroga del armisticio por un mes. Él se instaló en Dresde, en el palacio de Marcolini, y llamó á los actores de la Comedia Francesa, mientras su esposa María Luisa presidía continuas fiestas en París, tratando de persuadir á las gentes por estos medios de sus pacíficas disposiciones.

Alejandro, embriagado con las lisonjas de los patriotas alemanes, no deseaba la conclusión de la guerra mucho más que Napoleón; pero Austria resistíase aún á las instancias de Nesselrode. Este, no obstante, obtuvo de Metternich la promesa de que si Napoleón rehusaba condiciones razonables, el emperador Francisco se uniría á los aliados. Rusia, por su parte, se obligó á no entrar en tratos con independencia de Austria. Así las cosas, Metternich expuso á Napoleón su deseo de ir á conferenciar con él á Dresde para poder ponerse ambos de acuerdo, ya que Prusia y Rusia admitían la mediación de Austria.

Traslucieronse entonces los verdaderos sentimientos del Emperador de los franceses, que entretuvo á Metternich sin querer darle respuesta definitiva. Prefiriendo la guerra con Austria á pasar por las proposiciones que ésta formulara y, comprendiendo que en el mes de Agosto tendría que habérselas también con los ejércitos de su suegro, modificó su plan de campaña, resolviendo fortificarse en la línea del Elba en vez de avanzar al Vístula, ó siquiera al Oder. Dió extraordinario impulso á sus armamentos y aumentó la guardia hasta cerca de cincuenta mil hombres, contando con disponer de quinientos mil soldados activos en el plazo de dos meses.

Prusia y Rusia tampoco se dormían, é Inglaterra acababa de ofrecerles considerables subsidios. Encontraban demasiado favorables para Napoleón las proposiciones de Austria, no creyendo prudente dejarle Holanda ni Westfalia, y respecto á la orilla izquierda del Rhin y á Bélgica, no pensaban disputarlas á Francia. Sin embargo, condescendieron á los



deseos del mediador, persuadidos de que su enemigo nunca se avendría á ellos. Napoleón, informado de que Metternich había ido á visitar á Alejandro y á Federico Guillermo, provocó la entrevista que antes eludiera. En su consecuencia, Metternich se presentó en Dresde, con una carta del emperador Francisco, en la que éste excitaba á su yerno á decidirse á favor de la paz, «que era la más hermosa y única gloria que le faltaba conquistar.» La conferencia, que debía ser memorable, entre el orgulloso déspota y Metternich, se celebró el veintiséis de Junio. Cuando el ministro austriaco entró en el palacio Marco lini y recorrió las salas de servicio del Emperador, llenas de mariscales y generales, en cuyos semblantes se reflejaba la mayor ansiedad, Berthier le dijo al oído: «No olvidéis que la paz es necesaria á Europa y, sobre todo, á Francia: que suspira por ella.» Al penetrar Metternich en el gabinete donde estaba Napoleón, encontró á éste en el centro, con la espada al cinto y el sombrero debajo del brazo, le preguntó por el estado de su salud, pero el Emperador, en lugar de contestarle, plantóse delante de él y le dijo, sombrío é irritado: «¿De modo que queréis la guerra? Perfectamente, la tendréis. En Lutzen aniquilé á los prusianos: en Bautzen derroté á los rusos, y ahora pedís vuestra parte. Pues bien, os emplazo para Viena. Los hombres son incorregibles; la experiencia nada les enseña. Tres veces he repuesto al Emperador en su trono, le he prometido estar en paz con él toda la vida y me he casado con su hija, diciéndome á mí mismo que cometía una necedad; la cometí, sin embargo; hoy me arrepiento de todo ello».

Al oír Metternich estas destempladas frases, comprendió que toda la ventaja estaba de su lado. «En aquel momento decisivo, escribió posteriormente, me consideré el representante del cuerpo social entero; lo confieso, Napoleón me pareció pequeño.»—«La paz y la guerra, respondió el embajador ministro, dependen de V. M. El Emperador de Austria tiene deberes que cumplir, ante los cuales desaparecen cualesquiera consideraciones secundarias. La suerte y el porvenir de Europa, como de Francia, están actualmente en manos de V. M. Existe completa incompatibilidad entre Europa y los planes que hasta ahora V. M. ha perseguido. El mundo necesita la paz, y para asegurársela, es necesario que V. M. entre otra vez en los límites del poder compatible con la tranquilidad general; de lo contrario, V. M. sucumbirá en la lucha. Hoy todavía puede firmar la paz; mañana, será tarde. El Emperador, mi soberano, ajustará su conducta á los dictados de su conciencia; á V. M. toca ahora escuchar la voz de la suya.»—«Y bien, repuso Napoleón, ¿qué se pretende de mí? ¿Que me deshonoré? ¡Nunca!... No soy más que un hijo de la fortuna, y cesaré de reinar el día que no sea el más fuerte... Contemplad mi ejército después de las batallas que acabo de ganar; en vuestra presencia, voy á revistarle.»—«Pues el ejército mismo, objetó su interlocutor, es el que pide la paz.»—«No es el ejército, son mis generales, á quienes el frío de Moscou ha puesto fuera de sí, replicó con viveza Napoleón... He ganado dos batallas, y no firmaré paz ninguna.» La conversación continuó entre al-

ternativas de calma y tempestad. Metternich hizo observar á Napoleón que, recogido por Europa el guante de desafío, no era ella la llamada á perecer, y más adelante, agregó: «La fortuna puede cansarse de nuevo, como se cansó en mil ochocientos doce... He visto los soldados de V. M. y son verdaderos niños... ¿No es por ventura el actual ejército francés una generación prematuramente arrebatada...? Cuando haya desaparecido, ¿llamará V. M. á la que sigue?» Estas palabras enfurecieron al Emperador. «No sois soldado é ignoráis lo que es el alma del soldado, gritó. He nacido en el campamento y me importan poco las vidas de un millón de hombres.» Al pronunciar estas frases, tiró el sombrero á un rincón del cuarto.—«¿Por qué, exclamó el representante de Austria con acento conmovido, por qué me habéis escogido á mí para decirme esas cosas entre estas cuatro paredes? Abramos las puertas y hagamos que las palabras de V. M. resuenen de un extremo á otro de Europa. La causa que defendiendo nada perderá con ello.» Napoleón trató de moderarse, y bajando la voz, dijo: «Los franceses no deben quejarse de mí; para economizar su sangre, hago matar á los alemanes y á los polacos. La expedición á Rusia me ha costado trescientos mil hombres; entre ellos no había acaso treinta mil franceses.»—«¿Olvida V. M. que está hablando con un alemán?» respondió Metternich. La entrevista duraba desde hacía nueve horas; había anochecido, y Napoleón se despidió de Metternich dándole golpecitos en el hombro y expresando su creencia de que Austria no le declararía la guerra. «Señor, V. M. está perdido, concluyó Metternich; al entrar aquí, lo sospechaba; ahora, salgo plenamente convencido de ello.» El mariscal Berthier, que acompañó al ministro austriaco hasta el coche, le preguntó si estaba contento del Emperador: «Sí, contestó aquél, se ha esforzado en ilustrar mi conciencia; téngalo por hombre muerto.»

Al día siguiente, Napoleón estaba arrepentido de haberse mostrado tal como era. Llamó á Metternich, le declaró que aceptaba la mediación de Austria, fingió estar animado de sentimientos conciliadores y propuso prorrogar el armisticio, conviniéndose en que éste durase hasta el tres de Agosto, mas otros seis días para prepararse á reanudar las hostilidades.

Recibiéronse á poco, en Dresde, noticias importantes de España; mas antes de decir las resoluciones que, en vista de ellas adoptó el Emperador, debemos apartar la atención de Alemania por un momento, para fijarla en nuestra patria.

A medida que avanzara el año mil ochocientos doce, habían tomado cada vez más lisonjero aspecto para los españoles los asuntos de la guerra. Wéllington, decidido á extender su acción á lo interior de Castilla, se había constituido en centro de las operaciones militares en la Península. Levantó sus reales de Fuenteguinaldo y puso en marcha, dividiendo su ejército en tres columnas, sin contar las tropas de don Carlos de España y de don Julián Sánchez. Tanto Marmont, que estaba en Salamanca, como José Bonaparte y el general Jourdan, comprendieron el peligro que les amagaba: mas los generales franceses,



á pesar de las recientes órdenes de Napoleón, no querían ó no podían cooperar á una acción común, ni desprenderse de fuerza alguna. Marmont tuvo que evacuar á Salamanca, alejándose vía de Toro y de Tordesillas, seguido de los ingleses. El 2 de Julio, cruzó el Duero y se situó en Tordesillas, mientras Wéllington se detenía en Rueda, creyendo aventurado intentar aún el paso del río. Marmont, aumentada su caballería en más de mil jinetes y reforzado con la división Bonnet, procedente de Asturias, determinó volver á la otra orilla del Duero y presentar batalla á su contrario, antes que el sexto ejército español viniera sobre Castilla. Se entretuvo unos días en marchas y contramarchas, y por fin, el diez y seis de Julio repasó el río por Tordesillas. A la mañana siguiente, todo su ejército estaba reunido en la Nava del Rey, y el día veintidós, riñeron duro combate ambas huestes en los campos de Arapiles. Los franceses constaban de unos cuarenta y siete mil hombres, y próximamente era el mismo número de los anglo portugueses, con quienes iba la división de don Carlos de España. La batalla duró hasta el anochecer, y derrotados los franceses, se retiraron por los encinares del Tormes, dejando en poder de los aliados dos águilas, seis banderas, once cañones y siete mil prisioneros: Marmont y Bonnet fueron heridos.

José Bonaparte, que había salido de Madrid el veintiuno de Julio, tuvo que regresar él, en vista del avance de lord Wéllington; le abandonó otra vez el once de Agosto, seguido al otro día por las fuerzas que había en la capital y demás allegados, dejando en el Retiro dos mil hombres, para custodiar á los heridos y enfermos. El mismo día doce, á las diez de la mañana, empezaron á entrar en Madrid, entre alegre campaneó y ruidosas aclamaciones de júbilo, el Empeinado, don Juan Palarea y otros jefes de guerrilla, siendo indescriptible el entusiasmo cuando, á las pocas horas, se presentó Wéllington, á la cabeza de sus tropas. El trece se proclamó la Constitución, por orden del general inglés, según había acordado la Regencia, y el catorce se rindió el goberdador del Retiro. José Bonaparte había tomado el camino de Valencia, con el cuerpo principal de su ejército del centro, llegando á la ciudad del Turia, entre muchos trabajos y padecimientos, el veintidós de Agosto. En Castilla la Vieja, á causa de las heridas de Marmont y Bonnet, se hizo cargo del mando de las tropas enemigas el general Clausel, militar entendido. Wéllington, para observar de más cerca sus evoluciones, dispuso la concentración de sus fuerzas en Arévalo.

En las Andalucías, aprovechándose de los triunfos obtenidos en Castilla, empezaron á maniobrar los aliados á fin de estrechar á Soult, el cual, adivinándoles la intención, levantó el sitio de la Isla gaditana el veinticuatro de Agosto. No tardaron las provincias meridionales en verse libres de la irritante presencia de los extranjeros. Sevilla, Córdoba, Málaga, Granada volvieron á poder de los españoles. En las ricas poblaciones andaluzas, habían cometido los franceses toda clase de rapiñas; una comisión imperial, instalada en el

alcázar de Sevilla, se ocupaba en recoger para el Museo de París los cuadros de la escuela sevillana, apropiándose también el duque de Dalmacia algunos de los más famosos.

Más propicia que en Castilla y en las comarcas del Sud, se había mostrado la fortuna en el reino de Valencia á los invasores, que en Castilla descalabraron seriamente á los nuestros, mandados por don José Odonell. Esta derrota motivó que el conde de la Bisbal, hermano de aquel jefe é individuo de la regencia, presentara la renuncia de su cargo, la cual le fué admitida por las Cortes, siendo nombrado para sucederle don Juan Pérez Villamil. El desembarco, verificado en Alicante, de una división anglo-siciliana, procedente de Palermo, vino á neutralizar en gran parte el mal efecto que causara en la región levantina la desastrosa jornada de Castilla.

En el territorio castellano, Clausel, incapaz de resistir á las fuerzas anglo-portuguesas, evacuó á Valladolid, marchando á Burgos, donde tampoco se detuvo. Entraron los aliados en esta ciudad y pusieron sitio al castillo, defendido por el general francés Dubrétón, cuya resistencia no dudaba de vencer lord Wéllington; pero, inquieto el caudillo británico con los movimientos que el enemigo realizaba en el reino de Valencia y los refuerzos recibidos por el cuerpo de Clausel, á quien había sucedido Souham, levantó el cerco y desalojó la población. Los franceses, en efecto, volvían á tomar la ofensiva. Habiéndose avistado en Fuente la Higuera José Bonaparte, Jourdan, Soult y Suchet, decidieron que los ejércitos del mediodía y del centro, fuertes de cincuenta mil hombres, con ochenta y cuatro cañones, fueran á recobrar á Madrid, debiendo quedarse con sus tropas en Valencia el mariscal Suchet. De acuerdo con lo convenido, José Bonaparte se dirigió á la capital de España por Cuenca y Tarancón, mientras Soult entraba en Ocaña y avanzaba á Aranjuez. Juntáronse ambos ejércitos en la orilla derecha del Tajo, cuyo paso no les disputaron los aliados, y vencida la resistencia que intentó oponérseles en el Jarama, presentáronse otra vez delante de Madrid, que José Bonaparte pisó nuevamente el dos de Noviembre. Cinco días después tornó á salir al frente de su ejército, yéndose en busca de los ingleses hacia Castilla la Vieja. Wéllington se convirtió ahora de perseguidor en perseguido; retiróse con precipitación; rehuyó librar batalla á los franceses, cuyas fuerzas se elevaban á ochenta mil hombres y doce mil caballos, pues se habían reunido los ejércitos de José, de Soult y de Souham, y se internó en el territorio portugués, contrariado por el duque de Dalmacia el plan de ataque que propusiera Jourdan.

Mientras tanto, las Cortes de Cádiz habían proseguido sus tareas con infatigable actividad, dando leyes para reducir á propiedad privada los terrenos baldíos ó de realengo y los de propios y arbitrios de los pueblos, proveyendo al gobierno y administración de los municipios y provincias y aboliendo el abusivo *voto de Santiago*. El aborrecimiento que inspiraba el invasor fué causa de que dictasen medidas odiosas contra los que habían simpatizado ó mostrado complacencia ó debilidad con el enemigo. En sesiones secretas, tra-